HEMERO 4 1387

Rev. 6/1

Año I | Madrid, 16 de mayo de 1937 | Núm. 1

SOLVENCIA EN LOS MANDOS MILITARES

Al convenirse el Mando Unico, los hombres que luchaban en los parapetos como milicianos al servicio del proletariado, han pasado a ocupar cada cual el puesto que con la militarización le correspondía, y hoy se encuentran lo mismo que antes, al servicio de la causa popular, con la diferencia que antes no se podían fiscalizar todos los casos de responsabilidad militar y ahora cada uno tiene un trabajo a realizar y una justificación a demostrar. Esto, indudablemente, es más interesante para ganar la guerra, y como tal debe tenerse en cuenta para la disciplina militar del Ejército Popular.

Hombres h a y que, anteriormente, cuando esta militarización no existía, ya luchaban con verdadera solvencia y capacidad de mando, llevando en sus batallones compañeros tan capaces, que, sin necesidad de que nadie les estuviera enseñando el camino, por sí solos se preocupaban de organizar los ataques por grupos, que a veces resultaban provechosos; pero la mayor parte, por falta de coordinación con otras unidades o grupos, su trabajo resultaba estéril o perjudicial.

Si todos tenemos verdadero espíritu revolucionario, no debemos olvidar que hombres de verdadera idea sindical, hoy, debido a las circunstancias, no han tenido más remedio, para continuar defendiendo la causa del proletariado, que graduarse en el puesto que se les ha asignado y convertirse en militares disciplinados, en contra de la idea que en otro tiempo han mantenido—y que después seguirán defendiendo—, ya que, conscientes de sus deberes, han visto imprescindible esta decisión para que el proletariado pueda en tiempo próximo escoger el sistema de Gobierno que más interese a la mayoría.

Hoy citamos el caso del comandante Cipriano Mera, ya que, sin duda alguna, se trata de la más genuina representación de lo que fueron Milicias Confederales, y que en este primer número del semanal debe hacerse a modo de pedestal, resaltando la figura del combatiente que en ningún momento quiere quedarse al margen de la actividad en vanguardia, siempre que se trate de perseguir fines tan nobles como la causa común que los trabajadores españoles contra el fascismo nacional e internacional están realizando.

Este compañero, que, como todos sabemos, en cada momento de su vida no ha tenido sosiego ni descanso, poniéndolo todo por la reivindicación del proletariado y desprendiéndose del egoísmo particular de la mayor parte de los políticos, debe ser para nosotros una figura que, sin pretender encaudillarlo, sí ponerlo en el pensar de cada combatiente y reflexionar sobre la actuación de este militante, tomándolo como modelo de luchador y procurar aproximarse a su pensar y proceder en beneficio del trabajador en general, sin ver los prejuicios que para algunos representa el traje militar en hombres que en tiempos de opresión estuvieron al servicio de las masas obreras, pero que las circunstancias lo han reclamado para este servicio provechoso, tanto como lo fué en otros tiempos en que políticos amparados en leyes absurdas hacían monigotes a los hombres, oprimiendo a los trabajadores cruelmente, y que, llamando extremistas a hombres de verdadera solvencia moral, los encarcelaban y asesinaban impunemente bajo el aplauso de las clases privilegiadas, que, naturalmente, veían con satisfacción desaparecer hombres que algún día podían levantar al trabajador contra la tiranía política burguesa de la España oprimida.

Siendo, pues, conscientes revolucionarios, a la vez que disciplinados soldados del Ejército del Pueblo, del Ejército nuestro, no debemos en ningún momento pensar otra cosa que no sea aplauso hacia estos hombres, que, a pesar suyo, han tenido necesidad de vestir así, siempre cediendo en sus derechos si se trata de beneficio general del proletariado y que nada hay que pensar sobre la continuación o no al servicio del oprimido, pues, si necesario fuera, ¿qué no harían los militantes perseguidos sanguinariamente en largos años por la defensa del trabajador?

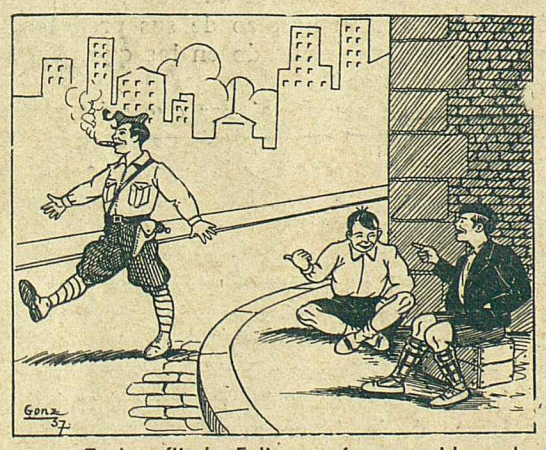
Siguiendo las instrucciones al pie de la letra y procurando ser tan morales como lo son los viejos militantes, se consigue grandemente estar en disposición de efectuar cualquier sacrificio que la causa requiera de cada combatiente y ganar para el proletariado la guerra que los malos patriotas—como ellos se llamaban—han traído para la España oprimida, que siempre han sufrido heroicamente todos los sacrificios que en defensa de la Patria se han llevado, para que el suelo español no se viera mermado por la mala actuación de los egoístas políticos y traidores a la Patria y Gobierno, que juraron defender sin tener en cuenta lo sagrado de ese juramento en un militar.

C. G., 5 de mayo de 1937.

AMATEUR,

COMISARIO AYUDANTE

ENTRE CHICOS



—¿Te has fijado Felipe, qué presumido se ha vuelto el camarada Paquito?
—Claro... como que su Hermano es de los de Brihuega.

© Archivos Estatales, mecd.es

El Comandante y Comisario de la Brigada, con otros colaboradores y oficiales.

NOCHE DE RELEVO

«Relevo». Horas antes de cambiar el plácido puesto de la línea de resistencia por el más movido de las avanzadillas, ya estaban hechos todos los preparativos; las mantas liadas, los macutos colgando de los firmes hombros; unos semblantes reflejando seriedad, otros alegría; pero... ninguno miedo.

Eran fuerzas pertenecientes a un batallón de la 70 Brigada Mixta; esa Brigada que supo jalonar de bravura y de heroísmo las pendientes del cerro Pingarrón y las lomas de Brihuega, Galanejos, etc., demostrando ante el mundo, que contempla absorto estas hazañas, que el novel Ejército español era una realidad digna de promesas y encomio.

Un enlace trae el parte, que indica que ha llegado el momento de ponerse en marcha. La interminable fila se pone en movimiento, cual enorme serpiente antediluviana, que se arrastra entre pedregales, hacia un enemigo traidor y falaz, al cual quisiera estrangular entre sus fuertes anillos.

Las instrucciones dadas se cumplen sin dilación; ni un cigarro en las bocas, ni un paso mal dado que atraiga la atención del enemigo, nadie habla, no ha sido preciso «ordenar», fué suficiente demostrar la conveniencia de estas medidas para que todos al unísono las cumplan sin discusión. «Disciplina». Bella palabra, que han sabido comprender todos los que luchan por un porvenir más humano y más justo.

Vamos llegando a nuestro destino; una parada, vuelta a moverse; otra parada, y desde allí se dividen las fuerzas, para ocupar sus diferentes puestos.

La noche es oscura, la luna no ha salido. De repente, en una de las «alas» de nuestras posiciones comienza a enrojecerse el cielo por los fogonazos de la pólvora; la fusilería trabaja lo suyo; los ramalazos de la metralla cruzan la atmósfera, como minúsculos aerolitos; se oyen gritos. Maravilloso espectáculo, digno de verse. Si no fuera por la crueldad de que está repleta, la guerra sería una visión dantesca inolvidable. Desde lejos, todos absortos, contemplamos la grandiosidad del espectáculo. Varios silbidos sobre nuestras cabezas nos vuelven a la realidad; las explosiones de los obuses y morteros nos indican que los traidores afinan la puntería; las ráfagas rasantes de las ametralladoras ponen en peligro nuestra integridad personal. Es un momento de emoción. Pasan rápidamente por mi imaginación los combates librados por la Brigada en los diferentes lugares en que ha actuado. En estas acciones la Brigada quedó diezmada, los huecos dejados por unos son cubiertos días atrás por otros heroicos hijos del pueblo, que quisieron saciar sus ansias reivindicadoras, en los fragores de los combates. A éstos, recientemente incorporados, y que suman la mitad de los efectivos actuales, iba dirigida mi labor de comisario. Quería inculcarles, hasta muy dentro, lo sublime de nuestra causa. Pretendía, en resumen, que fuesen combatientes dignos de la 70 Brigada, que no se diferenciaran en nada de los que tomaron, a «pecho descubierto» tres veces, durante un día, el Pingarrón.

Por un momento tuve miedo. Mi labor había sido muy intensa, pero... quedaba la incógnita. ¿Habría arraigado en sus corazones, nuevos a las visicitudes de la guerra? O mi trabajo y mi ilusión se derrumbarían como un frágil castillo de naipes. ¡Pero no! Momentos después lloraba de rabia y de alegría. De rabia por haber dudado un solo momento de que me encontraba frente a hombres de la 70 Brigada. ¿Qué importaba que fueran más o menos antiguos, en sus filas, si el espíritu heroico de sus predecesores se había ya inculcado en los que ocupaban sus puestos?

Lloraba de alegría al ver que mi trabajo no fué estéril, al ver que mis muchachos, lejos de amedrantarse por las cercanas explosiones de los proyectiles, que la criminal facción nos mandaba, costaba trabajo sostenerlos en sus puestos, pues querían llegarse hasta las trincheras enemigas y aplastar a sus ocupantes, destrozarlo y demostrarles de ese modo que nada les queda que hacer ante un Ejército regular, integrado por pechos amantes de la libertad y del trabajo.

Frente de la Alcarria.

RAFAEL ABAD,
COMISARIO DE GUERRA.

RECUERDO

Ha aparecido un periódico de la 70 Brigada, y yo quiero dedicarle a nuestros compañeros caídos un recuerdo, aprovechando la ocasión de esta aparición.

Que al leer sus primeras páginas recordemos todos a los valientes compañeros que en los diferentes ataques sostenidos cara a cara con el enemigo han caído valientemente, como saben morir los valientes que proceden de donde nosotros procedemos.

Compañeros todos: Recordad a nuestros caídos. Recordad a nuestros valientes y que de hoy en adelante, cuando recibamos la orden de atacar, sepamos superar en valentía a todos los combatientes de España, hasta superar el coraje que supieron poner en la lucha nuestros buenos hermanos que supieron darlo todo por nuestros triunfos.

EUGENIO ULLOA,
1.º Batallón

A LOS COLABORADORES

Si continuáis con el mismo entusiasmo con que habéis acogido la noticia de la tirada del semanal de la Brigada, si no regateáis esfuerzo y aportáis continuadamente vuestra colaboración, yo os pronostico que será nuestro semanal modelo de periódicos y que, habiendo empezado por una tirada modesta para la Brigada exclusivamente, será, si continuáis y servís de estímulo a los compañeros retardados — para que aporten también su trabajo—, dentro de breve plazo, admirado por otras unidades y reclamado para su lectura por bastantes compañeros que gustan de noticias sanas y de conceptos y opiniones desinteresadas, pero sí revolucionarias y nobles, como siempre ha sido nuestro proceder; antes en la lucha civil; hoy en la lucha militar, y mañana..., sin lucha, porque sabremos siempre ser hombres íntegros y no enfrentarnos con hermanos de clases que hoy luchamos intensamente unidos y que ni líderes encumbrados ni egoístas del medro personal nos podrán indisponer con los que esperamos realizar a la vez que la recreación de España industrial la revolución social, que deberá ser admirada por todos los hermanos de clase, como nosotros ahora lo hacemos hacia nuestro periódico, que, al salir el primer número, por nada dejaremos de publicarlo si a nuestro esfuerzo y aportación se refiere.

Salud, pues, colaboradores, y sirva este artículo de recordatorio en la mente de vosotros, y si véis alguna vez que de algo adolece el periódico de la 70 Brigada, apresuraros a comunicarlo y corregirlo, para que este pronóstico se pueda hacer realidad.

P. M., 6 de mayo de 1937.

J. Guevara
COMISARIO DE LA BRIGADA.

Nuestro Comandante, Eusebio Sanz, que ha sido requerido por el Alto Mando para ocupar otro cargo en prueba de sus cualidades.

© Archivos Estatales, mecd.es

La cultura, arma de la revolución

Con motivo de la creación del periódico de nuestra Brigada se nos invita a «todos» en general a que colaboremos en él. Hay una frase que dice: «Todo libro malo tiene algo bueno». Yo, copiando de esto, digo: «Todos debemos tener criterio propio», y puesto que nos brindan la ocasión, debemos exponer nuestra opinión, seguros de que de lo que digamos, por malo que sea, siempre habrá algo aprovechable.

Muchos son los temas que a diario se nos presentan ante la vista y sobre los que podemos exponer nuestro criterio; el más corriente y por lo mismo el más tratado es el de la guerra; sobre la guerra quiero hablar; pero no en lo que ésta significa en su aspecto bélico, sino en los beneficios que de ésta podemos sacar.

Esta no es una guerra declarada y sostenida por dos países capitalistas, que la fomentan para ensanchar sus fronteras geográficas y, por lo tanto, comerciales y de dominio. Esta es una guerra, la cual ha sido declarada por la clase capitalista universal, al proletariado mundial, porque aunque ésta se haya producido y se desarrolle en España, es el porvenir del mundo el que se ventila en ella.

En las guerras en las cuales han ejercido su hegemonía los Estados capitalistas, el soldado ha sido arrancado de su hogar y lanzado contra sus hermanos de clase para ejercer una lucha a muerte en provecho de sus enemigos. Salió de su hogar sin que en éste hubiera entrado un rayo de cultura y al regreso de la guerra—si de ésta salió indemne—vuelve a su casa más inculto que salió, ya que la guerra embrutece la inteligencia y la sensibilidad.

Esta guerra es distinta; no la han provocado dos naciones que quieren imponer su dominio una sobre otra. Esta guerra la han provocado los satisfechos, los que todo lo poseyeron y de nada carecieron, y la han provocado contra los eternos esclavos; contra los que sostuvieron el pedestal de sus miserias y de su podredumbre. La han provocado los que se tildaban de cultos, contra los que tildaban de ignorantes, y de cuya ignorancia era culpable la canalla dorada que la sojuzgó durante tantos siglos.

Pero estos soldados del pueblo, que luchan por el pueblo, no han sido arrancados a la fuerza de sus hogares para luchar contra obreros de otros países. Estos son soldados que voluntariamente dejaron la herramienta de trabajo y partieron de su hogar para luchar contra las tropas mercenarias extranjeras, de países de tipo autoritario que querían imponer en el nuestro una vida de miseria y de terror cual la que ellos soportan. Y a esto nos ha conducido los hombres de «orden» cuando ellos se han considerado impotentes para sojuzgar a un pueblo que quiere ser libre.

Pero estos soldados no volverán a sus hogares tan ignorantes como salieron de ellos; además de saber que lucharon por su libertad y por un mañana mejor, llevarán consigo una cultura alcanzada en esta guerra, cultura alcanzada alternando el fusil con el libro; en las trincheras, cuando hay que luchar; en la retaguardia, cuando se descansa. De todas las armas más eficaces enviadas a los frentes, la más eficaz a mi entender es la que nos ha sido enviada últimamente, ¡el maestro! Porque si bien con las armas bélicas podemos ganar la guerra, con las armas de la cultura podremos ganar la guerra y asegurar la revolución que estamos creando.

Por esto doy tanta importancia a la enseñanza, ya que abundo en la opinión de que «sin cultura no hay libertad».

Esta es otra de las lecciones que podemos dar al mundo «civilizado», que, para resolver sus problemas, necesita encender la guerra entre los pueblos para que los trabajadores se destrocen unos a otros.

A. GUTIERREZ,
Comisario de Ametralladoras del 4.º Batallón

Brihuega, 5 de mayo de 1937.

Los soldados, en ratos de descanso, se preocupan en leer activamente.

El Peque... como nosotros llamamos al más pequeño de los soldados de la Brigada. Con sus 16 años, está viendo frentes desde principios del movimiento.

¿Porqué luchamos?

¡No llores, viejecita! Seca tus lágrimas. Que la pena y el dolor no marchite más el cuerpo que tantos desvelos pasó para criarnos. Piensa lo que el artista que le destrozaron sus cuadros y cierra como él los puños con todo el deseo de tus nervios. Que no asomen a tus ojos las lágrimas nunca más, y así darás más vida a lo que aún queda de tu obra. Que no te quitemos el escaso sosiego que te queda los que desgastamos el tesoro de tu cuerpo.

Has tenido ocho hijos, que, con esfuerzos inauditos, sacastéis tú y mi padre, a la superficie de la vida, a costa de jirones de vuestra existencia; vida llena de esclavitud y de privaciones para sacar adelante todo el orgullo de vuestra raza.

Cuatro varones y cuatro hembras. En la tranquilidad de tu hogar, bajo el cielo de nuestra tierra, te sorprendió este histórico proceso de la revolución española, y, huyendo de aquel huracán horrendo que amenazó a Extremadura, buscaste en Madrid, donde seguía la vida bajo el control del respeto y del reposo. Los cuatro varones, hijos tuyos y del trabajo, esclavos de la tierra, que sufrieron toda clase de escarnios por el delito de serlo, acudieron al puesto donde todos los trabajadores tienen uno.

¡No llores! Ten alegría por ello. Recíbenos riendo cuando del frente volvamos, orgullosa de ser la madre de cuatro combatientes que luchan por lo único digno que tiene la existencia.

¿Tus dos hijas? Dejaron la apacible comodidad de recolecta en las colas y acudieron a tapar las heridas de sus hermanos en el frente; con la Cruz Roja en el brazo acudieron al cuartel de la Montaña, Somosierra, Toledo y Guadalajara. Una, la pequeña, asomó su heroísmo hasta las luchas de Sigüenza. ¡¡Mi Luisita!! Sus veintidós años llenos de alegría y juventud cayeron en las garras de los bárbaros. ¡¡Qué habrá sido de ella!! ¡¡Qué habrá sido de aquel cuerpo y aquella sonrisa angelical en quien todos nos mirábamos!!

La otra, después de su misión en el frente, pasó de responsable a un Sanatorio de dementes, y, en el cumplimiento del deber, también cayó en poder de ellos. ¡¡Dónde estás, Manolita!! ¡No sé qué daría por volver a abrazarte!

¡¡No llores, viejecita!! Aún te quedas los cuatro, aferrados al fusil; no lo soltarán mientras no caigan los dos juntos para siempre andando camino de Sigüenza; si no encuentran a sus hermanas, libertarán a otras, no menos queridas que ellas.

¡¡Adelante!! ¡¡Adelante!! Por nuestro pan, nuestra libertad y un mundo más humanitario y más justo. Por nuestros niños, mutilados por la metralla maldita. Por nuestras mujeres, deshonradas y escarnecidas. Por nuestra independencia nacional, y para terminar para siempre con el prostíbulo inmundo de todo ese estandarte grotesco que es el capitalismo.

¡¡Adelante, compañeros!! ¡Que nuestros hermanos nos esperan en Zaragoza!

JOSE REYES,
Comisario de la 2.ª Compañía, 4.º Batallón.

© Archivos Estatales, mecd.es

Desde la trinchera a la retaguardia. Temas candentes

Cuando el cotidiano ajetreo de tiros, cañonazos, aparatos, arreglo de trincheras y demás peripecias inherentes a la vida de campaña nos abren un paréntesis de relativa calma, lo primero que los soldados de la República y de la libertad procuramos preferentemente es la Prensa.

Ávidos de adquirir noticias sobre la marcha de la guerra en los distintos frentes, lo primero en leer son los partes de guerra, las crónicas de nuestros corresponsales y todo lo que en definitiva está relacionado con el movimiento armado de la Iberia heroica y abnegada que lucha en los frentes para conquistar su independencia y su libertad.

Esta lectura, en casi todos los casos, proporciona un deleite máximo a los soldados del pueblo, porque la identificación de todos los combatientes es tan unánime que lo mismo nos enorgullece y nos place un triunfo alcanzado por los camaradas de Euzkadi, astures, del Centro o del Sur, sin jamás parar mientes en si los más alcanzados por el éxito son anarquistas, socialistas, comunistas, Carabineros o de Asalto. Es decir, que somos una infinita legión de cuerpos dotados de una sola alma y una sola aspiración: batir hasta aniquilar al fascismo criminal y sin honor, que ha importado legiones de mercenarios extranjeros para subyugar y vejar con su tiranía inquisitorial y oprobiosa el temperamento racial de un pueblo noble que sólo piensa en ser libre y árbitro de sus propios destinos para orientar la nueva sociedad por el camino de la prosperidad máxima en su triple aspecto, intelectual, moral y material.

Esta lectura, repito, nos alegra y nos estimula hasta el punto de encontrar en ella un lenitivo formidable para mitigar las penalidades de la vida en las trincheras. Pero ¡ah!, hemos de remarcar aquí, no con pena, sino con indignación, que la decepción que nos produce la actitud adoptada por ciertos sectores juveniles con respecto a las cosas de la retaguardia, corre pareja con nuestro entusiasmo sobre la guerra. Esta decepción nos la produce, precisamente, esa insistencia inoportuna por parte de los sectores mencionados, en perpetuar los viejos métodos de regir la sociedad burguesa, decaducas en que puedan surgir de nuevo en ción de los Sindicatos obreros, cuyas valiosas iniciativas serían ahogadas en la inercia en virtud de ese remoquete de «parlamentaria», agregado a la República democrática que todos patrocinamos y por la cual damos los combatientes nuestra sangre en la vanguardia. No, no es por ahí, camaradas. Eso de «parlamentaria» y eso de dejar la revolución para cuando se termine la guerra no nos satisface, porque no nos parece bien tener que emprender otra guerra cuando termine ésta. Quien tal idea patrocine, que estudie bien la psicología de todos los combatientes en general, y la idiosincrasia del pueblo antifascista y sacará en consecuencia que detestan en masa de unas normas caducas en que puedan surgir de nuevo en los escaños o en el banco azul las voces tenebrosas de un Maura, Gil Robles, Royo Villanova, Martínez de Velasco, March, Lerroux, etc., emitidas, si queréis por boca de pseudos revolucionarios que les sustituyan en sus funciones maquiavélicas.

La convivencia y la colaboración con la burguesía o sus aliados hubo de terminar el 18 de julio histórico.

JUAN DURAN.

De la 4.ª Compañía del 5.º Batallón.

Diálogo sostenido entre un combatiente y otro «combantiente» de la retaguardia

Yendo por las calles de Madrid un combatiente del frente de la Alcarria que estaba con permiso, al llegar frente al «Metro« en la Puerta del Sol se encontró con otro «combatiente» de retaguardia amigo suyo y compañero desde hacía muchos años. Después de saludarse, pues ya hacía siete u ocho meses que no se habían visto, el que disfruta el permiso le pregunta al otro:

—¿Qué tal te va por Madrid?

—Chico, medianamente—contesta aquél—, pues paso cada susto que voy a terminar cardíaco; que si los aviones, que si los obuses, que si el ruido de los combates; tú no puedes darte una idea de los sobresaltos y sustos que paso durante la noche y el día. Cuando llega la hora de comer y voy a mi casa a satisfacer tal necesidad, no hay quien me quite la siesta, porque de noche duermo muy poco, cosa que me obliga a recurrir al cine a su última función y darme un paseo con la novia a los fines de acostarme lo más tarde posible, y unido esto a lo rendido que vuelvo de mi trabajo, sin poder conciliar el sueño, porque hay que ver que me llevo todo el día copiando partes, estadillos y ordenando todos estos papelajos, que me dejan agotado. ¿Y tú, qué vidas haces en el frente?

—La mejor que te puedes imaginar, chico. Eso no es guerra. Es un paraíso. Te diré. Nosotros ni oímos cañones, ni vemos aviones, ni sentimos los combates tan siquiera. Además, nos hemos captado las simpatías y la amistad de las poblaciones facciosas, chico, y es ¡el disloque! Claro que las consecuencias las pagáis vosotros los de la retaguardia. No sé si sabrás que todos los combatientes contamos el que menos con dos o tres pares de botas, etc., etc., y eso nos sirve para regalárselos a nuestras amistades y hacer favores. Como los víveres pasan antes por el frente que por Madrid, nosotros, para conquistar a las mujeres, con las que hemos trabado amistad por estas aldeas y pueblos, solemos siempre quedarnos con algo de estos víveres, y lo sentimos bastante, porque si fuera un combatiente solo; pero, ya ves, miles y miles que estamos en las trincheras, el uno, que medio litro de aceite para la novia; el otro, que un kilo de café para una conquista; el otro, un kilito de azúcar para una amiga, que suma una cantidad tan elevada de víveres, que, cuando llegan a Madrid no tenéis para hacer ni una mala comida. Además, hay veces que nos tiramos tres y cuatro días durmiendo. Allí no se pasan sustos ni hay quien nos moleste. ¿Quieres cambiar conmigo?

—Mira, compañero — contesta el otro «combatiente»—, si no hubieras exagerado tanto lo que me has expuesto, me lo hubiese creído, pero no, que todo es una pura ironía, y a lo mejor eso lo dices por mí.

—Pues, chico, acertaste. Lo digo por ti y por muchos miles que hay como tú, porque esa labor que tú haces en retaguardia de copiar y ordenar papeles, ya tenemos bastantes inútiles para la guerra, a causa de la misma, que pueden hacerlo, y tú, que estás sano, fuerte y joven, te das una vuelta por la Alcarria para no pasar sustos en Madrid y coger un fusil, que los hay muy buenos y nuevos.

—Es que yo tengo muy buena letra, conozco todas las estafetas de Correos de Madrid, sé dónde está Guerra y todos los departamentos oficiales...

—Pues mira, compañero, yo creo que en retaguardia son precisos intelectuales y obreros manuales que hagan labor verdaderamente para la guerra, con verdadera voluntad y lealtad, pero rutinas como tú, que nos habéis contagiado ya a los que combatimos porque nos sobra la voluntad y nuestro odio al fascismo es interminable, debéis estar a sesenta metros por delante de las alambradas, porque, vamos, que va ya para diez meses, y ni tú ni los demás os habéis decidido, y quisiera yo saber, cuando seas abuelo, qué cuentos les vas a contar a tus nietos de esta guerra.

—Me has convencido. Dentro de tres días me tienes en el frente... (del bar Barrachina, de Valencia. Este se ha creído que soy un lila.)

JOSE M.ª PEREZ PEREZ «EL CURRO».

1.º Batallón.

¡A ZARAGOZA!

En los campos de la Alcarria,
donde la 70 opera,
hay semblantes de valientes
que a los fascistas esperan.
Sonriendo ante la muerte,
queremos redimir a España
y limpiarla de baba odiosa,
que el italiano sin alma
siempre será poca cosa
para robarnos la calma.
Pronto líneas romperemos,
y alambradas de fascistas,
y saltando sus trincheras,
haremos nuevas conquistas.
Alerta está España entera.
Como en Jarama y Brihuega,
Sigüenza hoy nos espera,
mas pronto la tomaremos,
y en avance decidido
en Zaragoza entraremos.

(Un soldado de la compañía de ametralladoras del cuarto batallón de la 70 Brigada Mixta.)

Un rincón de nuestro Hogar del Soldado.

© Archivos Estatales, mecd.es